



FAMILIA MICHEL-SERRUDO: “Estamos contentos porque vemos que nuestros hijos están bien”

Somos naturales de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, llevamos en Canovelles cerca de cinco años, y la familia está formada por el matrimonio, Eleuterio Michel y Gladis Serrudo, y tres hijos: Vívian de 11 años, Angélica de 9 y Marcos de 6.

La entrevista con la familia Michel-Serrudo, que viven en Canovelles desde hace unos cinco años, es fruto de una gentileza extrema demostrada, rápidamente y certeramente, por **Luis Hurtado**, integrante activo de la asociación Fraternidad Camba de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia). El resto, con una exquisitez y confianza que agradecemos muy mucho –al fin y al cabo sólo nos conocían por referencia– lo tenemos que poner en el haber de los miembros de la familia Michel-Serrudo, que acudieron prestos y decididos a la cita con el periodista en el mismísimo corazón de Canovelles, la plaza de la Joventut una tarde del pasado mes de Abril. Acompañaron al matrimonio formado por **Eleuterio Michel Camacho**, de 40 años, y su mujer **Gladis Serrudo de Michel**, de 38, sus tres hijos: **Vívian** de 11 años, **Angélica** de 9 y **Marcos** de 6. Originarios del boliviano pueblo de Santa Cruz de la Sierra, hace cinco años, día más día menos, que viven en Canovelles, donde primero llegó el esposo con la idea de ir abriendo camino.

Albañil de profesión, Eleuterio consiguió su propósito y hoy se considera un padre de familia contento y feliz “*al ver que nuestros hijos están bien, ya que son buenos alumnos, saben perfectamente el catalán, tienen amigos...*”, declaración que ratifica su mujer, aunque remarcando algunos matices. Y los matices para ella, maestra de escuela de secundaria en su país que impartía clases de biología y que ahora hace de trabajadora del hogar “*en casa de una doctora que me trata muy bien*”, tienen nombre de “*experiencia chungu y adaptación costosa para quienes venimos de fuera, pues siempre hay quien manifiesta un cierto rechazo y esto, dice, nos duele*”.

Salvada esta situación por parte de los niños y también por parte de los mayores, y con la mirada puesta en el futuro esperanzador que les espera –actualmente están arreglándose

una casa en Canovelles–, sólo piden trabajo y salud para ir tirando y “*dar la mejor educación posible a nuestros hijos*”. La maestra Gladis echa en falta los alumnos y las aulas y ya ha mirado las posibilidades que tiene de poder convalidar sus estudios con el propósito de poder volver a dar clase, algo que se ve que le gusta extraordinariamente, pues sólo hay que oírla hablar para ver la pasión y entusiasmo que pone, aunque se entristece un poco al pensar lo que en este campo la ha deparado por ahora el presente, pues ella es y se sigue sintiendo maestra.

Según cuentan, de algunos aspectos tenían una imagen estereotipada de España, bastante diferente de la que han encontrado y pensaban que... en España se hablaba sólo español. Agradablemente sorprendida por el descubrimiento y existencia del idioma catalán, Gladis dice que “*aunque no me animo a hablarlo por ahora, lo entiendo*”. Entre los hallazgos felices que ya saben preparar y cocinar destaca “*la paella, que nos encanta a todos*”, afirma Eleuterio.

Decididos a echar raíces en Canovelles, estos sudamericanos indican que no se han sentido rechazados ni marginados por ser inmigrantes, “*aunque a veces, afirman, hay actitudes personales que no se entienden bien*”. Durante el tiempo que ha durado la charla, la familia ha estado acompañada de otros amigos y conocidos con los cuales comparten recuerdos y experiencias en esta nueva etapa de sus vidas, teniendo clara la necesidad de seguir vinculados a su tierra y a sus costumbres, pese a la distancia. Son cerca de las 8 de la tarde, cuando el grupo de amigos despiden al periodista recalcando lo mucho que se acuerdan de su país, sus familiares... Es casi de noche y está a punto de llover en el corazón de Canovelles, cuando decimos adiós a estos nuevos canovellenses.